

LA POLITICA INTERNACIONAL EN EL SEGUNDO TRIMESTRE DE 1956

El problema del desarme

El día 4 de mayo terminó la sesión del Subcomité del Desarme que había iniciado sus trabajos en la capital británica el día 19 de marzo. El Subcomité se había reunido cumpliendo la resolución tomada por la Asamblea General de las N. U. el 16 de diciembre de 1955, y en la que el objetivo fundamental que se señalaba a los cinco países que debían formar parte de él era el de dar siempre una preferencia absoluta a toda medida realizable capaz de favorecer la fe y la confianza, y, por tanto, de conducir a un desarme "suficientemente" garantizado. Sin embargo, los trabajos del Subcomité londinense no han conducido a ningún resultado positivo. Inmediatamente después de terminar las reuniones, cuando los jefes de las respectivas delegaciones informaban a sus países y al mundo del contenido de los debates y discusiones, no faltaron observadores que, pese a convenir en que estas no habían sido coronadas por el éxito, hablaron de una cierta aproximación en las tesis opuestas de occidentales y soviéticos. Nos parece demasiado optimista esta afirmación, que, por lo demás, encuentra su principal base en las palabras del propio Harold Stassen, al comentar los trabajos del Subcomité en el sentido de que después de estas reuniones se había acortado la distancia que separaba a la U. R. S. S. del mundo occidental en la cuestión del desarme, y de que posteriores contactos podían llegar a eliminar toda diferencia.

Tres fueron los proyectos fundamentales presentados al Subcomité: uno, franco-británico, el 19 de marzo; otro, soviético, el 27 de marzo, y otro, norteamericano, el 3 de abril. A lo largo de las deliberaciones se ha podido observar que la U. R. S. S. ha introducido ciertas modificaciones en los puntos sustentados hasta ahora en materia de desarme. Si la Unión Soviética había sostenido en primer lugar la abolición previa de las armas atómicas, ahora pide que el desarme comience por la reducción de las fuerzas y de los presupuestos militares, lo cual parece debe atribuirse al hecho de que la U. R. S. S. ha registrado notables avances en materia de armamentos atómicos, aproximándose de este modo a la potencia termonuclear de los Estados Unidos. Por su parte, los occidentales, sin dejar de insistir en la necesidad de reducir los armamentos clásicos, piden un simultáneo desarme nuclear. Al mismo tiempo, si los soviéticos han llegado a aceptar la creación de un sistema de garantía eficaz han seguido mostrando su evasión respecto a los medios para llevar a la práctica tal sistema, cosa inadmisibles para los occidentales. Pero la dificultad fundamental se presenta como consecuencia de la implicación de otros problemas internacionales de gran entidad dentro del problema específico del desarme. Los países occidentales han manifestado repetidas veces la necesidad de resolver dos grandes problemas internacionales —la reunificación de Alemania y la seguridad europea— antes de pasar a la fase de un efectivo desarme, debidamente garantizado. La argumentación occidental se basa en la afirmación de que una vez resuelto el grave problema de la reunificación del país germano, se habrá contribuido en mucho a crear aquel clima de mutua confianza que aparece como el primer requisito para la eficacia de toda medida de desarme, habida cuenta de que ese desarme progresivo deberá

ir acompañado de las medidas necesarias de control y garantía que sólo son posibles en una atmósfera de buena voluntad. Naturalmente, la Unión Soviética se opone a esto, porque ve en ello un peligro para su seguridad, ya que una Alemania unida e incorporada a Occidente representa para ello el abandono de una de las posiciones en que descansa la fortaleza de su actual posición. Y es evidente que para los occidentales la inversa es igualmente peligrosa. El 7 de mayo informaba a la Cámara de los Comunes el subsecretario del Foreign Office y jefe de la delegación británica, Nutting, acerca de los trabajos del Subcomité, y declaraba que el propósito manifestado por la Unión Soviética de proceder en los próximos tres años a un desarme progresivo de los armamentos clásicos, sin dar, al mismo tiempo, las garantías necesarias para el control de ese desarme, y, sobre todo, sin tener en cuenta la necesidad de proceder a la eliminación de los grandes problemas políticos que alimentan la tensión mundial, significaba quebrantar la estructura defensiva de los aliados, sin remover las causas que provocaron el nacimiento de esa estructura.

Planteada de este modo la situación, la Unión Soviética ha querido dar un primer paso que sirviera de ejemplo a las potencias occidentales, y el 14 de mayo anunciaba el Gobierno de Moscú en una larga declaración las medidas que se iban a tomar para proceder a una próxima reducción de las fuerzas armadas de la U. R. S. S.

Las decisiones tomadas por el Gobierno soviético, que debían llevarse a la práctica en el término de un año a partir del 1 de mayo de 1957, representarían la reducción de las fuerzas armadas en 1.200.000 hombres, sobre la reducción de 640.000 hombres ya efectuada en 1955; desarmar 375 navíos de guerra; clausurar una parte de las escuelas militares del Ejército soviético; verificar una reducción paralela en las cargas militares de la Unión Soviética, y asegurar a los soldados licenciados una ocupación en la industria y en la agricultura. De este modo se pretende no sólo dar un ejemplo a los occidentales invitándoles a hacer lo propio, sino también contribuir a la creación de una atmósfera que permita avanzar en el camino de un desarme progresivo, dentro del programa presentado por Moscú.

Comentando Foster Dulles esta decisión soviética en su conferencia de Prensa del 15 de mayo declaró que los Estados Unidos estaban lejos de creer que tales medidas eran una prueba por parte de la Unión Soviética de su firme propósito de renunciar a la fuerza en la solución de las diferencias internacionales. Las medidas que espectacularmente había anunciado el Gobierno de Moscú el día anterior podían ser explicadas por su necesidad de mano de obra en la agricultura y la industria, no se podría además comprobar la realidad de la reducción anunciada, y, en todo caso, los hombres sustraídos al contingente general de las fuerzas armadas podrían perfectamente, y con facilidad, ser incorporados de nuevo al Ejército.

Para ilustrar la decisión del Gobierno soviético el mariscal Bulganin envió el 6 de junio a los jefes de los Gobiernos de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania occidental e Italia unas cartas de contenido análogo. Después de aludir al hecho de que los esfuerzos del Subcomité de las Naciones Unidas no habían producido resultados positivos, el jefe del Gobierno soviético señala que en estos momentos en que se registra una disminución de la tensión internacional y de la guerra fría, se presentan circunstancias más favorables para intentar la detención de la carrera de armamentos. Por ello, y en tanto se llega a un acuerdo internacional sobre el desarme, los Estados, cada uno por su parte, deben aplicar aquellas medidas encaminadas a la reducción de los armamentos que no necesiten de la previa existencia de un programa general de desarme. De ahí, las medidas anunciadas por su Gobierno el día 14 de mayo, y que no constituyen sino un primer paso. "Pero —añade el mariscal Bulganin— partimos del supuesto de que si los Gobiernos de los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia, que tienen tropas sobre el territorio de Alemania, toman también ellos, a su vez, medidas para reducir sus fuerzas armadas en Alemania, esto preparará indudablemente el terreno para dar otros pasos más decisivos al respecto."

Las cartas del mariscal Bulganin no hacen mención de la necesidad de establecer un control internacional que dé garantías a la eficacia del desarme, y reconociendo que, pese a unas circunstancias que se dicen favorables, las grandes potencias han

encontrado insalvables obstáculos para llegar a un acuerdo de base internacional, opta por el desarme unilateral como medio que contribuya a crear la atmósfera favorable para otros pasos más decisivos en el mismo camino. No es esto todo, sino que además se viene a centrar la cuestión del desarme en la eliminación de las tropas extranjeras del territorio germano.

Alemania: rearme y reunificación.

La Alemania occidental ha pasado de la etapa de preparación en materia militar a la de organización de sus primeros contingentes militares. El Gobierno de Bonn ha iniciado el camino del rearme que le ponga en condiciones de cumplir los compromisos defensivos asumidos con ocasión de su incorporación a la O. T. A. N. El Bundestag y el Bundesrat dieron el 6 y el 16 de marzo, respectivamente, su aprobación a las leyes fundamentales militares federales.

Esto significa que, paso a paso, el canciller Adenauer ha sabido conducir su política y hacer realidad los objetivos que se había propuesto, pese a los obstáculos que encontró en su camino y a haber sido combatido en el interior y en el exterior. Sabido es que el rearme de la Alemania federal fué interpretado como un peligro o como una dificultad para la paz. Francia fué siempre muy susceptible a la creación de fuerzas armadas alemanas y, aún más, a la creación de un Estado Mayor independiente. En el interior mismo de Alemania fueron muchas las oposiciones que encontró el proyecto de que se creara un nuevo ejército alemán. Especialmente los social-demócratas y un sector importante del clero protestante difundieron entre la opinión alemana el temor de que si Alemania se rearmaba se haría imposible la reunificación, objetivo indiscutido de todos los alemanes. Esta tesis ha encontrado siempre eco en sectores importantes de Francia, permeables a las tendencias filosoviéticas y en otros mucho más amplios predispuestos en contra de todo rearme alemán y, por tanto, dispuestos a acoger cualquier tesis contraria al mismo. Moscú, naturalmente, ha dado estado oficial a ese razonamiento, y ha alimentado los temores de los que veían en la incorporación de Alemania al sistema defensivo occidental un peligro no sólo de prolongar indefinidamente la difícil cuestión de la división de Alemania, sino también de impedir la solución de otros problemas, como el del desarme, con lo que rearmar a Alemania venía a significar aumentar la tensión entre Este y Oeste.

Interesa recordar esto porque esa ha sido exactamente la manera de razonar del presidente del Consejo francés al contestar a las preguntas que le fueron formuladas por la revista norteamericana *U. S. News and World Report*, y publicadas el 2 de abril. Según el político francés, los occidentales han sido poco felices al afrontar los tres grandes problemas internacionales que fueron abordados en las Conferencias de Ginebra —reunificación de Alemania, seguridad europea y desarme— y poner a éste en último lugar. El desarme debe ser abordado primero, y sólo una vez que el desarme progresivo haya comenzado a ser realidad se encontrarán facilidades para llegar a la seguridad europea y para unir a las dos Alemanias.

Las declaraciones de Guy Mollet produjeron honda repercusión en los países occidentales, especialmente en Alemania federal, no sólo porque minaba el terreno a la necesaria unidad de acción de los occidentales frente a estos problemas, sino porque además el hecho de que el Subcomité de Londres se encontrara paralizado precisamente por las divergencias entre occidentales y soviéticos sobre ese punto, hacía verdaderamente inoportuna la declaración de Guy Mollet. El ministro federal de Asuntos Exteriores, von Brentano, y el propio canciller Adenauer reaccionaron públicamente recordando que la reunificación de Alemania había sido reconocida por las potencias aliadas como un objetivo fundamental e inexcusable de su política. El secretario de Estado, Foster Dulles, se refirió a las declaraciones de Mollet diciendo que el hecho de que países amigos criticasen con libertad la política norteamericana era un buen homenaje a un gran país como los Estados Unidos. Pero más tarde, el 17 de junio, el presidente Eisenhower, en su mensaje personal dirigido al presidente federal, doctor Heuss, insistió en la decisión de los Estados Unidos de continuar trabajando en favor de la reunificación de Alemania.

Del 18 al 27 de abril el mariscal Bulganin y el secretario del partido comunista soviético, Kruschev, visitaron la Gran Bretaña. Esta memorable visita, que sirvió sobre todo para poner de relieve la imposibilidad de diálogo entre occidentales y soviéticos, no ha aportado ningún resultado positivo y el comunicado final es bastante expresivo a este respecto. Concretamente, en relación con el desarme, los dos Gobiernos han coincidido en la necesidad absoluta de proceder a un desarme progresivo. Pero nada más. En relación con la seguridad europea y la reunificación de Alemania, menos todavía. A lo primero se alude en unas breves líneas en el comunicado para señalar el acuerdo de los dos Gobiernos en reconocer su importancia para la paz mundial. Pero de la reunificación de Alemania no se habla expresamente. Sin embargo, el Foreign Office publicó, al tiempo del comunicado conjunto, una declaración, en la que se dice: "Cada una de las partes ha mantenido su bien conocida posición. Según el Gobierno británico, la realización de la reunificación alemana ocupa un lugar preeminente entre los problemas que deben ser resueltos." Esta declaración del Foreign Office fué favorablemente comentada por el ministro de Asuntos Exteriores de la Alemania federal, von Brentano, en una declaración publicada el 26 de abril. Días después el propio ministro federal viajó a la capital británica, y su viaje debe ser interpretado como manifestación del deseo del Gobierno de Bonn para obtener información en las fuentes más directas del contenido y resultados de las conversaciones anglo-soviéticas, y también de recibir seguridades respecto a la posición del Gobierno de Londres en lo que toca al problema crucial de la unidad de Alemania.

El día 4 de junio se reunieron en Luxemburgo el canceller Adenauer y el presidente del Consejo francés, Guy Mollet, para proceder a una revisión de los problemas internacionales y a un examen de las cuestiones que interesan a los dos países. Aunque estas conversaciones, según reza el mismo comunicado, fueron de especial importancia para el problema del Sarre y para los problemas conexos de la canalización del Mosela y del canal de Alsacia, sirvieron para que ambos jefes de Gobierno trataran de la reunificación de Alemania. Pese a las manifestaciones hechas por Londres y Washington sobre el mantenimiento de la primacía de la cuestión alemana sobre la del desarme, era de particular interés para el canceller federal entrevistarse con Guy Mollet, cuyas declaraciones del 2 de abril habían suscitado la inquietud de Bonn. Sin que el comunicado facilitado en Luxemburgo traduzca una revisión por parte del político francés de los puntos de vista expresados en aquella ocasión, puede considerarse satisfactorio para la tradicional posición alemana y occidental, ya que después de destacar el mutuo acuerdo sobre la necesidad de llegar a un desarme real debidamente garantizado, se añade que la puesta en práctica de un programa de desarme "implica la solución de los problemas políticos que ponen en peligro la paz del mundo. A este respecto han reconocido la importancia preeminente de la reunificación de Alemania".

Pocos días después de este encuentro salía para los Estados Unidos el activo canceller federal, y durante los días 12 y 13 de junio mantuvo conversaciones con el secretario de Estado, Foster Dulles. El día 6 de junio, en vísperas de su salida de Alemania, se firmaba un Acuerdo entre la Alemania federal y los Estados Unidos resolviendo la cuestión de la aportación germana a los gastos de mantenimiento de las fuerzas norteamericanas sobre territorio alemán, con arreglo al cual el Gobierno de Bonn se comprometía a contribuir con 650 millones de marcos. Y puede interpretarse la conclusión de este Acuerdo como una prueba dada por el canceller a Washington de seguir plenamente incorporado a las potencias occidentales por encima de los cambios de orientación que las nuevas situaciones internacionales puedan imprimir a las direcciones políticas. Una vez en los Estados Unidos, en donde el canceller alemán no pudo entrevistarse personalmente con el presidente Eisenhower a causa de la salud de éste, las conversaciones con el secretario de Estado tuvieron como temas principales la cuestión de la reunificación y el contenido de la carta de Bulganin. El comunicado es sincero al expresar la identidad de puntos de vista de los dos hombres de Estado sobre la reunificación de Alemania, "uno de los principa-

les objetivos de la política occidental". El día anterior a iniciarse estas conversaciones, recibió el canciller Adenauer el título de doctor *honoris causa* en jurisprudencia por la Universidad de Yale, y en discurso pronunciado por él en tal ocasión advirtió del peligro de incurrir en interpretaciones demasiado optimistas sobre las nuevas orientaciones políticas soviéticas y resaltó, al propio tiempo, la necesidad de reunificar su país para asegurar la paz en el mundo, conjurando uno de los peligros más graves de guerra.

La situación de la Organización atlántica

La aplicación de la fórmula de la coexistencia como principio rector de las relaciones entre Este y Oeste, y el consiguiente clima de distensión internacional que se ha seguido, y que se ha acentuado apreciablemente después de la condena de Stalin y de su obra política, fulminada por los nuevos dirigentes soviéticos, ha tenido indudable repercusión sobre la cerrada política defensiva que los occidentales intentaban seguir y de la que la Organización atlántica es el máximo exponente. Esto ha hecho que muchos observadores internacionales de los países de la Europa occidental hayan hablado en los últimos meses de una crisis atlántica, de falta de adecuación a la nueva situación internacional y, en fin, de que la alusión reiterada en discursos y declaraciones de los políticos al artículo 2.º del Pacto, en el que se prevee la posibilidad de una extensión de las actividades de la Organización a campos no militares o estrictamente defensivos, deba ser interpretada como un signo indubitable de que es necesario proceder a una revisión de los propósitos de la O. T. A. N. para hacer que su existencia sea útil dentro del actual escenario político mundial.

Que la O. T. A. N. se enfrenta con una nueva situación o nuevo planteamiento de las relaciones entre los dos bloques, es indudable. Como lo es también que deberá estudiar esa nueva situación para operar dentro de ella con eficacia y fidelidad a sus objetivos fundacionales. Pero no queremos entrar aquí en el estudio de todo lo que esto supone y ni siquiera abordar lo que haya de cierto o exagerado en esas apreciaciones tan extendidas dentro de los observadores de la realidad internacional. Nos interesa recordarlo únicamente con objeto de ayudar al lector a situar en su debida atmósfera la reunión del Consejo atlántico, celebrada en la capital de Francia los días 4 y 5 de mayo.

En los meses que precedieron a esta reunión, diversas personalidades de la política occidental se expresaron de un modo unánimemente favorable, por encima de otras divergencias de orientación y de detalle, a la dilatación de actividades de la O. T. A. N. mediante la actuación del artículo 2.º. Así, por ejemplo, el canciller Adenauer en su discurso pronunciado en la XVI sesión del Consejo atlántico en mayo de 1955; el presidente de la República italiana, Gronchi, ante el Consejo de los Estados Unidos el 29 de febrero del presente año; Lester Pearson el 12 de abril, hablando ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento canadiense; Foster Dulles, en su discurso de política exterior, pronunciado en Nueva York en 23 de abril; o el citado presidente Gronchi, una vez más, el 26 del mismo mes con ocasión de su visita al Quai d'Orsay.

El Consejo atlántico se enfrentaba con la necesidad de definirse sobre esta cuestión y discutir si la O. T. A. N. debía seguir siendo una organización predominante o exclusivamente militar, o si debía abrirse para trabajar en el más amplio campo de la coordinación política y económica de la comunidad. Diversos pareceres y encontradas posiciones se han manifestado en el seno del Consejo. Los franceses han sido los que se han señalado como más avanzados defensores de la tesis que propugna una colaboración mucho más amplia en el terreno de la asistencia técnica y económica dentro del marco atlántico. Pero los Estados Unidos han reaccionado rápidamente frente a la posición francesa de un modo inequívocamente hostil.

El Consejo, sin embargo, se ha mostrado acorde al reconocer que "las actuales perspectivas dejan lugar a nuevas iniciativas pacíficas de las potencias atlánticas", y como consecuencia de ello se ha constituido un Comité de tres miembros, compuesto por el ministro italiano, Martino, por Lester Pearson y por el delegado no-

ruego, Halvard Lange, y con la misión de hacer un sondeo entre los países miembros y no miembros, del que puedan resultar las líneas generales a seguir en una posible revisión de los objetivos de la alianza.

El ministro francés de Asuntos Exteriores, Pineau, presentó al Consejo atlántico un proyecto sobre la creación de una agencia económica destinada a estimular la colaboración entre Este y Oeste para la asistencia a los países subdesarrollados de los dos bloques y bajo la superior autoridad de la O. N. U. Esta propuesta francesa, que acusa de manera clara la tendencia de París a hacer entrar por la puerta grande de la coexistencia a los países occidentales, ha sido recibida en Washington de forma muy poco favorable.

Por consiguiente, la reunión atlántica de los días 4 y 5 de mayo no ha aportado nada verdaderamente positivo y ha puesto de relieve que existe entre los países occidentales una actitud de tanteo, y algo de desorientación, frente a la nueva situación distensiva creada por Moscú.

Pero tratándose de la Organización atlántica no se debe olvidar que por encima de cualquier revisión posible en cuanto a sus fines, el militar es el que las caracteriza y que, por tanto, toda crisis, esta vez real e indiscutible, de tipo interno, repercute inmediatamente en la eficacia de la misión defensiva a la que debe el ser. Y este trimestre segundo del año comenzó para la O. T. A. N. bajo la impresión producida por la decisión tomada por el Parlamento de Islandia el 28 de marzo en favor de la retirada de las fuerzas norteamericanas (unos 8.000 hombres) situadas en las bases aéreas de Keflavik. Lo cual no es un hecho sin importancia, sino que puede llegar a crear una auténtica amenaza sobre un punto altamente estratégico del Atlántico Norte y, sobre todo, es la demostración de que un miembro del Pacto puede no tener inconveniente en provocar una revisión del despliegue establecido de las fuerzas atlánticas.

Las relaciones soviético-yugoslavas

Acontecimiento de singular relieve en el trimestre ha sido la visita a Moscú del presidente de la República popular federal yugoslava, mariscal Tito. En efecto, en correspondencia a la visita hecha a Belgrado en mayo del pasado año por los dirigentes soviéticos, el mariscal Tito ha permanecido en la U. R. S. S. del 1 de junio al 23 del mismo mes, al frente de una delegación yugoslava. Es evidente que esta larga visita del presidente yugoslavo tiene una profunda significación y debe ser considerada como uno de los acontecimientos de mayor trascendencia del año. Muchas son las reflexiones que motivan el hecho de que en el momento en que los países del bloque soviético se encuentran sumergidos en la ola antistaliniana provocada por el XX Congreso del partido comunista soviético, el mariscal Tito, cabeza del único país comunista que se ha mantenido fuera de la órbita de Moscú, vaya a la capital de la U. R. S. S. Bien decía Bulganin, al comienzo de sus declaraciones al corresponsal en Moscú de la agencia oficial yugoslava el día 30 de mayo, vísperas de la salida del Belgrado del mariscal Tito, que este viaje "será un importante acontecimiento en la historia de las relaciones soviético-yugoslavas". Y podía haber añadido que lo era también en la historia de las relaciones posbélicas entre Este y Oeste.

Sobre cualquier otro significado, la visita de Tito a Moscú tiene el principal de romper el difícil equilibrio mantenido por Yugoslavia en los últimos años en esta Europa dividida entre los dos bloques irreconciliables. Esa equidistancia, mantenida con soltura y habilidad por Belgrado después de un primer periodo de posición antisoviética, pero no prooccidental, permitió a Yugoslavia no ser considerada como parte del bloque soviético sin dejar de ser comunista, y aumentar sus relaciones con los occidentales, sin que por eso pueda llegar a ser considerada como una pieza aprovechable sin reservas por el juego de la política de Occidente. De este modo, Yugoslavia fué un país decidida y descaradamente comunista, en el que imperaba un régimen que no respetaba la libertad, y que recibía al mismo tiempo una importante ayuda norteamericana, sostenía relaciones intensas de todo

orden con los pueblos de Occidente e incluso concluía con Estados miembros de la Organización atlántica un Pacto de carácter defensivo y político, que en algún momento pudo llegar a ser valorado como una pieza adicional que pudiera ser utilizada, a la manera de complemento, en una difícil zona del gran arco defensivo trazado en torno a la enorme periferia soviética.

Ahora este equilibrio se ha roto. Belgrado se ha inclinado hacia el bloque del Este y, en la nueva época en que la revolución soviética ha entrado, dice a Occidente que es un país comunista con todas las consecuencias.

La declaración conjunta facilitada por los dos Gobiernos el 20 de junio, al término de las conversaciones políticas, dice claro que en orden a los grandes problemas internacionales, Yugoslavia está explícitamente desde ahora al lado de la postura soviética. El reconocimiento del Gobierno de Pekín, el ingreso de la China roja en la O. N. U., la primacía del problema del desarme con arreglo a las fórmulas soviéticas, y sin que otros problemas internacionales (reunificación de Alemania) vengan a intervenir con carácter de condición previa, la posibilidad de un reconocimiento de la República democrática alemana, todo esto y más, son indicios claros de que en esta hora Yugoslavia cuenta al lado de la U. R. S. S. y nada al lado de los occidentales.

De no menor importancia, aunque en otro orden de cosas, cual es el de las relaciones entre el partido comunista soviético y los demás partidos comunistas de los países del bloque, es el texto de la declaración que, firmada por Krushev y Tito, formula los términos de las relaciones entre la Liga de los comunistas yugoslavos (L. C. J.) y el partido comunista de la Unión Soviética.

De este modo, el viaje de Tito completa y ratifica el sentido y significado de la visita a Belgrado del mariscal Bulganin y Nikita Krushev, junto con otros dirigentes soviéticos, en mayo de 1955.

Durante este trimestre, Moscú ha sido un importante punto de partida y de llegada. De allí partieron Bulganin y Krushev para Londres, y Mikoyan, vicepresidente ministro, para Asia; y allí llegaron el primer ministro sueco, el jefe del Gobierno de Francia y su ministro de Asuntos Exteriores, y, por último, el mariscal Tito. Con ser todos esos viajes y visitas de importancia, cada una por su estilo, y exponentes de la gran importancia que tienen las relaciones y tanteos entre los dos bloques a la hora de la distensión que impone el clima creado por la U. R. S. S. sobre el principio de la coexistencia, ninguno de tanto valor ni de tan grave importancia como éste del en un tiempo rebelde comunista, José Broz Tito.

Sigue la tensión en el mundo árabe

Sabido es que esta tensión está alimentada por dos órdenes de cuestiones: unas, de carácter intestino; otras, llamémoslo así, de carácter internacional, suscitadas estas últimas por los movimientos reivindicatorios que colocan a los pueblos árabes y africanos frente a las potencias europeas que tuvieron sobre ellas predominio.

El panorama norteafricano y árabe en general se muestra cada vez más agitado. Marruecos ha sido protagonista de importantes acontecimientos. Si en el último mes del pasado trimestre el sultán Mohammed V estuvo en Francia y su país suscribió con la República gala un Tratado de "interdependencia", el mes de abril lo trajo a Madrid, y España concluyó con Marruecos un Tratado de independencia, término bastante menos equívoco que el anterior. Los textos de los Acuerdos hispano-marroquíes de 7 de abril y del Protocolo adicional, expresan el buen espíritu español y el decidido propósito de España de prestar al soberano marroquí y a su pueblo la ayuda y asistencia necesarias en el progreso de la nueva etapa que queda abierta. Etapa ciertamente erizada de dificultades, porque no es fácil echar a andar súbitamente bajo un régimen de plena soberanía.

Simultáneamente con este importante paso dado por Marruecos, la vecina Argelia es víctima de una grave convulsión interna, determinada por la política rígida y de represión que el Gobierno de Guy Mollet ha querido aplicar, creyendo, con visión poco realista, que de este modo se amansarían las aguas del nacionalismo

argelino, cuando la realidad ha demostrado que no sólo esto provoca una reacción cada vez más sangrienta por parte de los musulmanes sino que también los ecos de la cuestión argelina adquieren una mayor resonancia en todo el mundo árabe. Con ello, la repercusión internacional del difícil problema de Argelia es cada vez mayor. Los pueblos árabes se sienten plenamente solidarios de sus hermanos argelinos y el Magreb se siente vejado como un todo y dispuesto a luchar hombro con hombro hasta lograr para Argelia la independencia.

Esta situación es cada vez más insostenible para Francia, que se ha visto obligada a aumentar de manera considerable el contingente de sus fuerzas en Argelia, sustrayendo buena parte de las asignadas a la Organización atlántica, lo que ha provocado las protestas del mundo árabe, que de este modo se siente hostilizado por el mundo occidental en beneficio de la penetración soviética. Túnez obtuvo, por otro lado, tras difíciles negociaciones sobre las que se proyectaba lo que en Argelia estaba ocurriendo, la firma de un Tratado por el que se reconoce a Túnez el pleno ejercicio de la soberanía interna.

En Egipto, las relaciones con Israel han empeorado durante este trimestre de modo considerable. Las actividades militares de un lado y otro han ido en aumento y culminaron en la criminal agresión, a base de artillería, registrada en el sector de Gaza el día 5 de abril. Como consecuencia de esto, el secretario general de la O. N. U., Hammarskjöld, se trasladó a aquella agitada zona del mundo en difícil misión de paz. El informe definitivo de su gestión, dirigido al Consejo de Seguridad el 11 de mayo, reconoce que no se puede llegar a una solución definitiva en estos momentos sobre la situación en el Oriente Medio, si bien hay todavía algunas posibilidades. Reconoce el activo secretario de las N. U. que hay una general buena voluntad de paz (?) y que sólo hace falta estimularla, prestando a aquellos Gobiernos una cooperación que les lleve a tomar unilateralmente las medidas que puedan contribuir a crear un clima de mutua confianza.

Desde luego, a primeros del mismo mes de mayo Egipto e Israel declararon aceptar la proposición del secretario general de las N. U., sugiriendo el restablecimiento de puestos fijos de observación para los observadores de la O. N. U. a ambos lados de la frontera en la región de Gaza. Pero ni esto ni el acuerdo de alto el fuego conseguido pueden ser motivos suficientes para considerar que la tensión egipcio-israelí va a comenzar a ceder. Muy al contrario, y por las profundas razones que determinan este estado de cosas, el Oriente Medio parece llamado a ser cada vez más una zona de creciente peligro para la paz y la seguridad mundiales.

Fernando MURILLO RUBIERA